Internado de niñas

Arena María

◆◆◆

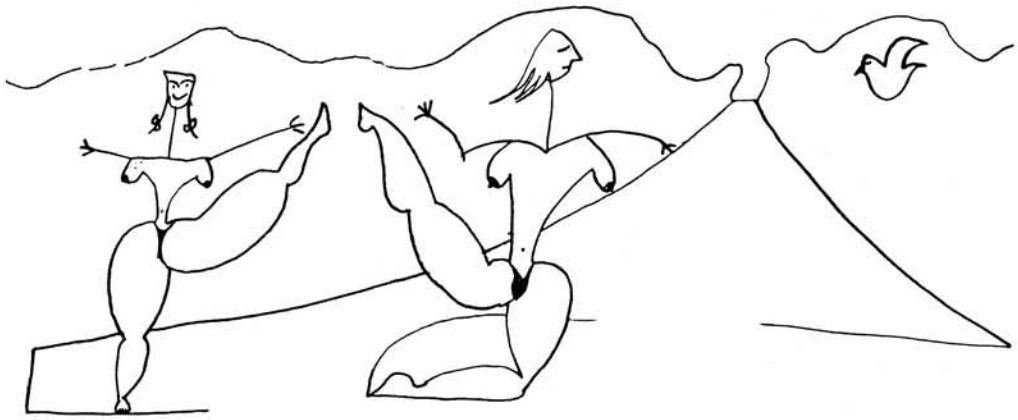
No sé si era la edad, pero para mí que las vacaciones antes eran más largas. Y las clases también, de febrero a noviembre los días transcurrían lentos, luminosos, llenos de quehaceres. Me acostumbré a reconocer el tiempo por las labores que me encomendaban.

En el colegio lo primero era la compra de un enorme lienzo de cuadrillé. Todos los días de doce a una, entre rezos y ejemplos de santos narrados por la Madre Corazón bordábamos primorosas rosas, azucenas o violetas en punto de cruz. El mantel, con servilletas de mano (antes no se usaban las de papel) tenía que estar listo para el festival del 10 de mayo.

No bien terminaba el festival cuando iniciábamos la confección de chalinas en crochet. No sé por qué, pero antes las mamás parecían abuelitas y si en mayo esperaban mantel, en noviembre debían estrenar chales que las protegieran de los vientos invernales.

Muchas mamás utilizaban sus chales para disimular sus panzas inflamadas. Dulce María tuvo cinco hermanos los seis años de primaria. Carmen también. Rosa, una niña de tristes ojos verdes que estaba internada con las monjas, esperaba las vacaciones para conocer a sus nuevos hermanitos. Se rumoraba que el esposo de su mamá no era su papá y que por eso la tenían ahí.

Con tantos hermanos todas teníamos mucho quehacer. Las que tenían hermanas mayores eran las que se salvaban, pero las que no, a duras penas terminaban la escuela. La directora de la escuela, la Madre Paloma, se la pasaba llamando a las mamás para pedirles por favor que no faltara tanto sutanita; que no, que menganita no podía ausentarse el mes de la cuarentena obligatoria de su progenitora; que no insistieran que el cer-



tificado se daba sólo a las que cumplían la primaria completa con todo y sus seis manteles de punto de cruz y sus seis chalinas de crochet.

Las frías mañanas con las que iniciábamos febrero y marzo terminaban en cuanto veíamos aparecer, por la puerta de las externas, a las enfermeras de cofia y filipina blanca. La primavera llegaba con las colas que debíamos formar a la entrada de la dirección, ahí nos vacunaban con sádicas sonrisas y jeringas enormes. Hasta ahora no sé contra qué tantas enfermedades nos vacunaron. La juventud sana de México tenía entonces los brazos llenos de cicatrices redondas. Me imagino que las familias de los jóvenes casaderos no tenían que solicitar las respectivas cartillas de vacunación, bastaba con una discreta mirada a un vestido sin mangas, o la camiseta con la que se mandaba a los muchachos al servicio militar. Las camisetas eran entonces ropa interior, nunca se salía con ellas a la calle.

En la dirección también ensayábamos los bailables del festival de mayo. Los uniformes con mangas largas y bastilla a media pierna eran muy incómodos para bailar. Nos podíamos deshacer del mandil con holanes que cubría el uniforme y también de los cuellos plásticos que nos hacían parecer como fotografías ovaladas, pero la *Danza Húngara* o las *Bodas de Luis Alonso* requerían mayor libertad de movimientos. En la puerta la señorita Eloy —antes no les decíamos *miss*— controlaba cualquier exceso en el movimiento

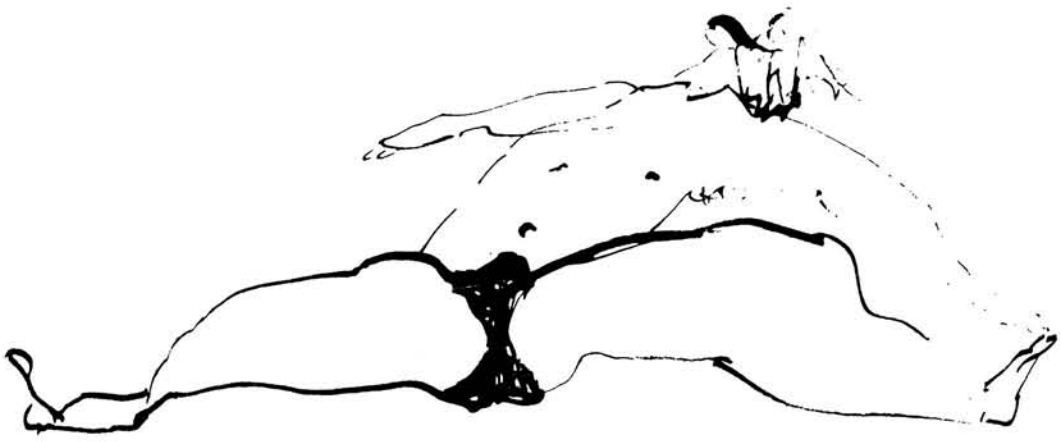
de caderas. Las danzas rusas se bailaban con ambas piernas flexionadas a un solo lado, un estilo que no atentaba contra las buenas costumbres.

El internado de las monjas era mantenido por un puñado de familias españolas. La imagen a la que estaba dedicada la escuela: la *divina infantita*, era venerada en una pequeña capilla junto al comedor. El altar estaba lleno de vírgenes de tamaño natural. Ha de haber sido una manía de la directora, pues siempre aparecían más y más estatuas colocadas en los pasillos laterales sobre unas medias columnas dóricas. No había un solo Cristo. El único hombre reconocible era San Miguel Arcángel, debía haber estado feliz.

Cada viernes íbamos a la capilla y cada viernes primero oíamos misa, ese día, el padre comenzaba desde las diez de la mañana las confesiones. Una de sus penitencias preferidas era que nos quedáramos en la capilla solas rezando interminables series de padresnuestros y avesmarías. A casi todas nos daba miedo entrar al recinto repleto de paredes de ojos mirándonos desde todos lados. Un fuerte temblor acabó con nuestros miedos, pues la mayor parte de las imágenes perdieron el equilibrio y se estrellaron contra el suelo. San Miguel Arcángel salió ileso, todas aprendimos que un ángel puede más que once mil vírgenes.

La visita de la Madre Superiora siempre era un mes antes de las fiestas patrias. Sabíamos que la visita se acercaba cuando nos comenzaban a afinar las estrofas de *El pequeño ruiseñor*.

En un pueblito español bello sol te vi
linda rosa perfumada rosa de mi amor
linda rosa perfumada de mi corazón.



Como parte de los festejos se programaban películas, a *Marcelino, Pan y Vino* la vi como doce veces. *El mártir del Calvario* igual. Alguna vez pasaron de Tarzán, pero dábamos tales gritos cuando aparecía Johnny Weissmuller en traje de hombre mono que acabaron por cancelarnos el último rollo.

Era tanto el impacto de la comitiva madrileña que el acento que imitaban para honrar debidamente a sus huéspedes les duraba a las monjas hasta el festival de fin de curso. Fue por esa razón que nuestra escuela nunca pudo figurar en los concursos de ortografía de la zona escolar, las madres organizaban tales enredos con la ce, la ese y la zeta que acabábamos por escribir todos los dictados sólo con la última letra del abecedario. Fingían regañarnos, pero la verdad era que les encantaba. Hubieran deseado también que nos blanqueáramos la piel y que completáramos el uniforme con una mantilla.

Ni qué decir de las hijas de las familias benefactoras que estaban en la escuela. Eran las consentidas de principio a fin. A escondidas entre nosotras las apodábamos *las gachupinas*. De cualquier modo tenían siempre tras de sí un séquito de amigas a las cuales ordenar sus antojos, desde jugar *quemados* hasta echarse la culpa por una travesura. La curiosidad me hizo hacerme buena amiga de la que iba en mi grupo. Quería que me invitara a su casa, la primera casa rica a la que entré. Una mansión enorme con chofer, cocinera, jardinero, nanas y quién sabe quién más. A Lourdes fue la primera amiga a la que escribí cartas al extranjero, me emocionaba terriblemente recibir los sobres con timbres españoles y la noción de que esos pedazos de papel habían cruzado el océano.

Lourdes me enseñó también algo que no esperaba: había españoles pobres. Sus primas, hijas de una hermana de su papá casada con un obrero pobretón —seguro mexicano—, cumplían en las tardes lo que nosotros hacíamos en las mañanas: entretenerla y servirle en lo que se ofreciera. Claudia —entonces parecía nombre de actriz—, la odiaba profundamente y cada que podía le jalaba las trenzas. El recurso favorito para enojar a sus tíos era tirar el agua en la mesa cuando comían, las veces que asistía al acto provocador esperaba la reacción común: "¡Niña tonta, distraída", pero no, asistía a un rito en el que la criada retiraba los platos, vasos, cubiertos y mantel manchados, entonces mientras los cambiaba por unos limpios, sus parientes ricos hablaban serenamente de la ventaja de disponer de más de una vajilla y de la sana costumbre que era utilizar un plato diferente para cada porción de la comida. Lourdes me comentaba más tarde: "Tú crees, ellos comen todo en un mismo plato", su tono desde luego era de horror.

Nunca la invité a mi casa.

Había una especie de distinción entre las internas y las externas. Las primeras, casi todas, eran hijas de mujeres que trabajaban. Aunque nunca nos los dijeron, íntimamente percibíamos que ello era malo, no por otra cosa sino porque entonces las mujeres no trabajaban —fuera de su casa, se entiende. La idea que teníamos de las mamás malas se acentuaba en los festivales, cuando las veíamos al lado de sus hijas. No sólo eran

mujeres que trabajaban, encima eran guapas y delgadas. Las señoras anualmente embarazadas las saludaban con desconfianza. Curiosamente, nuestras compañeras se apenaban terriblemente de no tener madres rollizas, pues la gordura era la clara evidencia de salud, felicidad y decencia.

Queriendo purgar las culpas de sus madres, las internas se esmeraban en ser un dechado de virtudes y de santidad. Pasaban horas mirando un punto rojo coloreado con pluma, en una estampita de la virgen, asegurando después que la tenían a su lado todas las mañanas. Posesionadas de su papel, usaban las faldas mucho más largas que sus mamás, cuchicheaban de nosotras porque nos gustaban *Los Beatles* y los muchachos de cabellos largos y repetían con saña las sentencias que las monjas nos arrojaban ante la alegría que nos provocaba el rock.

No lo sabía, era un mundo que se afanaba en permanecer en la paz y tranquilidad de los inciensos. Entonces mis sueños eran conocer España y sus vírgenes tocadas con mantillas. La muerte de Franco se llevó consigo no sólo la vieja España, sino también los recuerdos de una vida en que en las horas del día habitaban hazañas de santos, proezas de apóstoles y la sensación de que *aquél* escudriñaba cotidianamente nuestros actos.

Recuerdo con orgullo. Todas nosotras, las decenas de muchachas del *Callejón de Cruz Verde* que aprendimos más el temor de Dios que las bases de la ciencia, debimos convertirnos en *mujeres malas*. Más gozosamente que apesadumbradas cambiamos la vida que nos rodeaba. Mujeres que sobrevivimos a nosotras mismas. Mujeres deseosas de trastocar los ritos y construir, con la cauda inevitable de errores, de nuestro destino, la trama. Mujeres de mi tiempo, las de la doble moral y la doble jornada. Evas modernas que cultivan manzanos. Niñas que cruzamos, a buena edad y colectivamente, el destino redentor de los internados.◆

